

establishment: su vocación —musicólogo—, se ha diluido en la maraña avasalladora del trabajo publicitario. Es el París de los años cincuenta —o el México de los setenta, da lo mismo—.

El viaje concluye en las Antillas y tiene su epílogo en un París irrecobrable y en unas Antillas también irrecobrables. La nostalgia es la misma que la de Mateo. Y la frustración. Y la impotencia. Porque es irrealizable, porque ha extraviado irremisiblemente sus propios pasos. El hombre-hombre no existe porque se reduce a una complicada metáfora donde lo único cierto es la frustración y el desencanto.

Carpentier, con esa prosa barroca que invariablemente nos remite al principio de cuanto existe —visión cosmogónica que es a un tiempo certeza del futuro—, nos enfrenta a la alucinación y al mestizaje: al mundo de lo real maravilloso. *Los pasos perdidos* es la gestación y el proceso descriptivo, meticuloso de La Gran Odisea; viaje que se construye a partir del primer momento de conciencia para, finalmente, integrarse en una nueva conciencia, precisamente cuando el viaje ha concluido y otro se inicia: la última esperanza. Pero las puertas del Edén se han cerrado y con su recio hermetismo parecen increparnos. La realidad no es la que soñamos, sino la que es: ambigua, contradictoria, maravillosa, terrible y trascendente como el hombre mismo.

En *Didascalías*,* Juan Manuel Torres construye un ámbito donde la rememoración es o puede ser a un tiempo recordación del futuro: hay un proceso que se inicia o transcurre o concluye —da lo mismo, puesto que aquí, allá, hoy, ayer, mañana, se está arribando a la conciencia y nuevos Ulises existen o dejan de ser: las posibilidades son inagotables: lo posible es lo único real.

Sólo que Juan Manuel nos enfrenta a considerar otro nivel: Ulises, derrotado, trata de huir hasta de sí mismo: se niega a recordar a las muchachas baleadas (con la "V" de la victoria retorciéndose aún entre

sus dedos), a los jóvenes soldados hermosos que ya no serán nunca más hermosos, y a los judíos y a los árabes y a los polacos perseguidos, a los alemanes, a los rusos, Dios, perseguidos en su propia patria socialista, y a los ejércitos que vienen de la noche para apagar la mañana clara de Checoslovaquia.

Sorgen lo encuentra —¿es Alfredo, no Sorgen?— en un café londinense ¿o en Grecia?, ¿o en París?, y la comunicación ya no es posible porque Ulises ha perdido sus propias cruces de ceniza. Pero Ulises derrotado, muerto, no es sino una nueva posibilidad: la de Sorgen, la de Alfredo, la de Juan Manuel Torres, la de todos los nuevos Ulises que están naciendo aquí o en cualquier sitio y que aún conservan la capacidad de elegir: el primer minuto de conciencia es más terrible que toda la conciencia... entonces el mito resucita y es nada menos que la vida. La vida.

Alto. No es el proceso de hacer conciencia en una clase social oprimida, sino la realidad a que deben enfrentarse ciertos grupos lógicamente marginados; es la capa de la intelectualidad que comprende su circunstancia y ante la cual, objetivamente, no existe otra solución que la integración crítica colectiva, clasista.

En ese contexto las decisiones individuales —las del Ulises que somos cada uno— producen la desesperación pequeñoburguesa y las consecuencias se expresan lo mismo en el abandono y el más abyecto conformismo, que en la tendencia al Supremo Acto Heroico.

Queda al final del relato, sin embargo, la certidumbre de que las posibilidades no han sido agotadas, de que algo permanece y que a fin de cuentas arribar a la conciencia es ya andar una buena parte del camino... hacia una nueva conciencia donde la inmersión en el mundo de los hombres reales equivale no a la justificación gratuita y moralizante de nuestros actos, sino a la impugnación racional y furibunda de todo lo establecido.

la vida de un militante

por Rubén Venadero

Lenin es una de las personalidades históricas más sobresalientes de la era de la Revolución Social. Esta personalidad histórica de la época del imperialismo es la que analiza con ojos amplios el teórico marxista francés Roger Garaudy en su libro *Lenin (la vida de un militante)*.*

La obra teórico-política de Lenin fue vista durante décadas como un ícono ante el cual había que posternarse. Todos los discípulos oficiales del arquitecto de la Revolución de Octubre de 1917, se educaron dogmáticamente en su obra, sin preocuparse por aprender su espíritu dialéctico; deformaron sus tesis convirtiéndolas en "verdades de capillas" válidas absolutamen-

te para todos los momentos históricos, no obstante la diversidad de condiciones sociales o políticas; no comprendieron sus aportaciones al marxismo y a la revolución proletaria. Con este método transformaron al leninismo en una concepción mecánica, inerte, abstracta.

Este proceso por el cual el Lenin dialéctico se trastocó en un Lenin dogmático se desarrolló durante la época stalinista. Sólo a partir de los años cincuenta se abre la crítica histórica a las concepciones de los años anteriores. Los nuevos ojos obreros que no sufrieron el medievo del marxismo presencian en la historia del hombre hechos sociales que sacuden su aletargado instinto de clase: la revolución en los países capitalistas dependientes o colonizados, los movi-

mientos estudiantiles europeos y americanos que convulsionan sus estructuras. Todas estas nuevas luces permitieron redescubrir las "sagradas escrituras" del marxismo, e incluso desenterrar libros herejes, revolucionarios herejes y teóricos malditos que posibilitaron la crítica al leninismo oscurantista reivindicando su esencia dialéctica y destruyendo las gruesas capas de materialismo mecánico con el que había sido falseado.

Es sin duda por este renacimiento del marxismo que se hace presente la necesidad de una revaluación crítica de Lenin; a ello contribuye en forma notable el libro de Garaudy, insertándose en la nueva época del marxismo creador sustentado en un auge significativo del movimiento social. Garaudy aborda históricamente el desarrollo intelectual y político de Lenin mostrándonos lo que de original aportó a la teoría marxista de la Revolución: sus concepciones del partido, del estado y de la filosofía; ubica sus relaciones intelectuales, los marxistas que más influyeron en su formación conceptual: Kautsky y Plejanov.

No es nuestra intención aquí resumir todos los problemas examinados por Garaudy en su libro, destacaremos aquellos que constituyen puntos de vista novedosos o críticos en el conocimiento del pensamiento de Lenin y, en especial, los problemas de organización que profundiza más y analiza polémicamente.

En dos de los primeros escritos teórico-políticos importantes de Lenin para el futuro de la revolución social en su país, *¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas?* (1894) y *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1896-1899), aplica los principios del marxismo a su realidad, descubriendo, a través del análisis concreto de ésta, el tipo de formación económica de la sociedad rusa y, en consecuencia, sus clases sociales fundamentales. Puede así superar positivamente las teorías que afirmaban, todavía como en tiempos de Marx y Engels, que en Rusia, el campesino, debido a la propiedad comunal de la tierra, sería el sujeto histórico de la revolución socialista. Pero con el desarrollo del capital monopolista, la historia social rusa cambió de signo: el modo de producción social capitalista se instauró como el hegemónico, aún y cuando existiesen junto a él antiguos modos de producción. Dentro de este marco histórico social, la clase portadora de una organización social más avanzada ya no lo es el rústico y primitivo campesino, sujeto a la proletarianización *per medium* de la "expropiación masiva" de su propiedad rural; la clase obrera, joven, poco numerosa pero bastante concentrada, posee un alto grado de disciplina y organización que le permite conformarse como "el representante avanzado de toda la población explotada". Esta afirmación de Lenin, escribe Garaudy, no se sustentaba en una "dialéctica a priori", o en "esquemas elaborados para Europa Occidental". Todo lo contrario: "la afirmación de que el ritmo de desarrollo dialéctico definido por Marx se extiende a Rusia es algo que resulta del más meticuloso análisis de los hechos".

Uno de los aspectos primordiales del pensamiento leninista, el del partido revolu-

* Roger Garaudy: *Lenin (la vida de un militante)*, México, Editorial Grijalbo, 1970.



cionario del proletariado, lo examina Garaudy en forma novedosa, y por lo mismo polémica. Observa los elementos determinantes que integran la concepción organizativa de Lenin en 1902, analizando para ello las tesis contenidas en el *¿Qué hacer?*; especialmente aquéllas de Kautsky que Lenin cita y hace suyas en ese trabajo; la tesis de que la conciencia socialista de la clase obrera le viene desde fuera, la de que no existe una relación mecánica entre la lucha espontánea del proletariado y su conciencia socialista, ya que ésta no puede surgir más que de un profundo conocimiento científico; por último, la tesis según la cual el partido es la fusión del movimiento obrero y del socialismo. Sería inadecuado, nos dice Garaudy, definir o caracterizar la concepción leninista del partido únicamente a partir del *¿Qué hacer?*, por los mismos resultados de la experiencia histórica: el stalinismo, fundándose unilateralmente en este texto, llegó a considerar al partido como al depositario de la verdad absoluta, por ser el poseedor de la ciencia y el único centro de iniciativa ante una clase obrera incapaz de elevarse por encima de una conciencia tradeunionista, de ahí que según Stalin: "el partido tiene que marchar al frente de la clase obrera, tiene que ver más lejos que la clase obrera, tiene que conducir tras de sí al proletariado y no arrastrarse a la zaga del movimiento obrero espontáneo... El partido es el jefe político de la clase obrera... sin un partido revolucionario la clase obrera es como un ejército sin estado mayor, el partido es el estado mayor de combate del proletariado (J. Stalin, *Fundamentos de leninismo*, ELE, Pekín, 1968, pp. 110-111, subrayado nuestro). En esta concepción de la relación histórica vanguarda-clase desaparece la dialéctica sustituida por un mecanismo rígido, militar, en el que toda iniciativa viene de arriba, a partir de un *órgano central* "al margen del cual no hay más que 'palancas' y 'correas de transmisión': cosas en vez de hombres, objetos en vez de sujetos. Estamos en las antípodas

del leninismo". (R. Garaudy, p. 33.) Es de gran importancia, señala Garaudy, entender el *¿Qué hacer?* como una parte y momento necesario del proceso *histórico-global* de la teoría del partido en Lenin, pues alerta, "reducir el leninismo a este aspecto es la caracterización propia de la interpretación stalinista del leninismo". Garaudy remarca la determinación histórica de los planteamientos organizativos del *¿Qué hacer?*, al indicar las exigencias políticas a que obedecía: la lucha contra el espontaneísmo representado por los economicistas rusos que limitaban la actividad de la clase obrera a los marcos puramente sindicales; ello explica la preocupación fundamental de Lenin en el momento de redactar su libro: acentuar el elemento consciente como arma modal para orientar la lucha aislada y parcial de la clase obrera.

El teórico marxista francés establece el punto de ruptura de Lenin con la concepción organizativa de la socialdemocracia europea —y en especial con la concepción de Kautsky—, en el Congreso de la socialdemocracia rusa en 1903, en el que se dividen los socialdemócratas rusos en dos alas: la "mayoría" y la "minoría". La primera, encabezada por Lenin, exigía que para ser miembro del partido se participara en una célula de base; los mencheviques, por el contrario, alegaban que bastaba con cooperar económicamente con el partido y trabajar bajo su control. Las exigencias de la "mayoría" requerían de una disciplina fuerte y una gran centralización política. El concepto leninista de centralismo se explica en el contexto histórico de la Rusia prerrevolucionaria que hacía necesario el trabajo clandestino de los militantes. Por lo mismo, escribe Garaudy, este "principio" leninista no puede ser tomado como un absoluto.

Garaudy localiza el año de 1905, el de la primera insurrección obrera rusa, como un hito en el enriquecimiento de la teoría leninista del partido. Con la irrupción de las masas obreras en la historia política

rusa, Lenin supera su esquema del *¿Qué hacer?*. En 1905 Lenin arriba a una nueva visión de las posibilidades revolucionarias de la clase obrera *en cuanto clase en sí* al escribir en diciembre de ese año: "la clase obrera es socialdemócrata por instinto, de modo espontáneo". Lenin, *Sobre la reorganización del partido*, E.P. Moscú, 1966, t.I, p. 585). Al ser testigo histórico de su acción política, que no sólo trasciende las fronteras sindicales al organizar una huelga general, sino que crea, después de los comuneros franceses de 1871, un nuevo tipo de democracia: el soviét.

Leemos en el libro de Garaudy: "a partir de la iniciativa histórica de las masas en la Revolución de 1905: Lenin aporta desarrollos teóricos nuevos que no contradicen las tesis del *¿Qué hacer?* sino que las integra en un conjunto más amplio y que excluye las interpretaciones dogmáticas y unilaterales". El cambio de las condiciones sociales y políticas rusas acarreado por la Revolución de 1905, señalaba a la socialdemocracia de ese país la urgencia de una nueva estructura organizativa de carácter abierto, democrático, que aprovecharse el clima de efervescencia política existente, Lenin, en su trabajo clave de 1905, *Sobre la reorganización del partido*, observa las nuevas necesidades: "los representantes de la socialdemocracia revolucionaria, los partidarios de la 'mayoría' hemos dicho reiteradas veces que la democratización del partido, llevada hasta sus últimas consecuencias, era imposible en las condiciones de trabajo clandestino, que en estas condiciones el 'principio electivo' es mera frase... los bolcheviques hemos reconocido siempre la necesidad de pasar al principio electivo en las nuevas condiciones al pasar a la libertad política". (pp. 583-584. subrayado nuestro). El dirigente de la "mayoría" plantea realizar reuniones públicas, reclutar abiertamente y con un criterio flexible, tener una prensa legal; todo esto redefine la estructura política "cerrada" anterior, llegando el teórico revolucionario ruso a considerar la necesidad de organizar, al lado del aparato clandestino, una organización semilegal acorde con la nueva situación política. (*Ibid*, p. 583). Podemos observar a través del prisma de 1905, que el carácter vertical, poco democrático, del partido bolchevique que se pretende atribuir a Lenin, no corresponde sino a un momento determinado de la construcción de la organización, y a exigencias concretas del contexto social.

Garaudy examina la relación íntima, creadora, dialéctica, de la concepción de Lenin con la acción espontánea, crítica, de las masas; y afirma que aprehenderíamos una visión parcial, si nos conformamos con su modelo (1902-1903) de revolucionarios profesionales, construido sobre la base de una rigurosa selección de cuadros. Si bien es cierto que este modelo fue vigente antes de 1905 —y después con la reacción stolypniana—, no se puede soslayar la importancia que tiene para la teoría del partido, y su relación histórico política con la clase obrera, el hecho de que en 1905 Lenin replanteara su concepción organizativa y fundamentara la trascendencia de conformar un *partido de masas* que superaba

positivamente al modelo de revolucionarios profesionales anterior, expuesto en el *¿Qué hacer?* (1902) o en *Un paso adelante, dos pasos atrás* (1903), para lo cual sostiene una lucha contra las corrientes dogmáticas no sensibilizadas ante la nueva situación emergente. A las corrientes sectarias que se niegan a aceptar la importancia de un *partido de masas, abierto, democrático, horizontal*, argumentando desconfianza en el elemento espontáneo por su enajenación ideológica, Lenin responde, escribe Garaudy, que "sin despreciar la formación metódica de los efectivos y la enseñanza sistemática de las verdades del marxismo... es preciso no olvidar que las propias hostilidades tienen ahora más importancia para la formación y enseñanza" (p. 43, subrayado nuestro). Las consideraciones de Lenin de 1905, confirman que el *partido de masas* también fue pensado por él en una situación histórica que lo permitía: en la crisis revolucionaria.

La preocupación fundamental que el crítico del marxismo institucional francés denota en la parte más desarrollada de su libro, es la de criticar la interpretación burocrática de la organización leninista: la separación de las masas, que lo lleva a constituirse más que en vanguardia histórica liberadora de la clase, en un nuevo agente de opresión política; deja de ser un "espíritu creador", para tornarse en el "espíritu estéril del vigilante nocturno".

Los aspectos filosóficos de la obra leninista también son abordados en forma crítica por Garaudy. Critica el libro de *Materialismo y empiriocriticismo* (1907) de Lenin, por su teoría del "reflejo", que afirma que la teoría materialista es una calca aproximada del carácter objetivo del conocimiento y de la existencia de la realidad material, reduce la dialéctica marxista a un simple positivismo; olvida, en tanto que desconoce, el carácter subjetivo del conocimiento. Esta concepción mecánica del materialismo histórico era el producto de las influencias de sus mentores intelectuales: Kautsky y Plejanov. Por otra parte, los teóricos oficiales de la segunda internacional no publicaban las obras juveniles de Marx, donde los vínculos con la dialéctica hegeliana son muy frescos. Es sólo con la presencia de la primera guerra mundial, y con la quiebra histórica de la segunda internacional, que Lenin reflexionará acerca de la dialéctica, que no podía reducirse únicamente a una "teoría de la evolución en su forma más general", como lo entendía Kautsky. En este contexto histórico, Lenin, en plena tormenta social, inicia el estudio de la *Lógica* de Hegel, de lo cual resultará una obra verdaderamente marxista: los *Cuadernos filosóficos* (1915) —que de manera nada fortuita fueron suprimidos, en la época stalinista, de las obras completas de Lenin— que lo guiarán metódicamente en el análisis del capitalismo de su tiempo, a través de los *Cuadernos sobre el imperialismo*, verdadero prólogo a una obra "suma": *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916), obra en la que determina el paso histórico de la Era del Capitalismo de la Concurrencia, a la Era del Capitalismo de los Monopolios.

cine

sociedad '71

por Aurelio de los Reyes

Hay muchos modos de conocer la influencia que el cine tuvo en la sociedad mexicana de los primeros veinticinco años de este siglo; una de ellas consiste en observar los cambios que experimenta la moda.

El cine, al surgir, acorta la distancia entre los países; el que se hizo en los primeros años, tenía a su favor un lenguaje de solas imágenes, que eliminaba el problema del idioma: así se convirtió rápidamente en un poderoso sistema de comunicación. Por la aceptación general que tuvo, llegó a ser un instrumento de penetración y aculturación general, de tal modo, que en un lapso relativamente corto alcanzó a moldear en lo exterior a un sector muy numeroso de la población de México.

El público selecciona a los actores que más le agradan, y tanto hombres como mujeres los van imitando, siguiendo los cambios de la moda que ellos imponen, hasta convertirlos en un ideal de belleza al que todos aspiran.

Por otra parte, el gusto está determinado por una serie de factores, entre los cuales posiblemente predomine el político. El cine que llegaba a México procedía de las principales naciones fabricantes, como Francia, Italia, Inglaterra, Estados Unidos, Rusia; sin embargo, el que mayor éxito tuvo en los primeros años fue el procedente de los países latinos. Lo anterior era un reflejo, sin duda, de la preocupación del presidente, general Porfirio Díaz, por imitar a Francia. Se trataba de una búsqueda de identificación con las "razas" latinas y de una defensa contra la penetración de las costumbres "bárbaras" de la "praza" anglosajona, encarnada por los Estados Unidos, lo que ocasionó una aversión hacia muchas cosas que provenían de ese país. Esta actitud abarcó a la nación mexicana en su totalidad; no obstante fue rota por una serie de agentes entre los cuales, con seguridad, el principal fue el cine, puesto que logró imponerse en el gusto del público, gracias a su alto nivel técnico, al finalizar la segunda década de este siglo.

Los veinte en México se caracterizan por la explosión del movimiento nacionalista, encabezado por el licenciado José Vasconcelos quien subestimó las posibilidades expresivas y educativas del cinematógrafo. El Estado, ante la invasión de filmes norteamericanos, en lugar de tomar medidas y limitar la exhibición de esas películas o de impulsar la creación de un cine mexicano para contrarrestar la influencia extranjera en las costumbres, fomentó la escuela del mu-

ralismo pictórico que, frente a la difusión y aceptación que tenían las películas estadounidense, llevaba seguramente las de perder.

Las presidentas

La manera de vestirse va ligada a las actividades que desempeñaban las mujeres en los albores del siglo, y éstas eran reducidas; la casa y el convento. Pocos cambios hubo en su vida desde la Colonia, no obstante casi cien años de vida independiente y a pesar de las Leyes de Reforma. Su vida se desarrollaba casi con exclusividad en el ámbito familiar; ocasionalmente salían de día de campo o a veranear en las poblaciones aledañas al Distrito Federal como San Angel, Tacubaya, Tlalpan, Coyoacán, o a sus haciendas. En la ciudad hacían esporádicas salidas al teatro y a las carreras de caballos, donde lucían sus mejores atuendos, que eran confeccionados siguiendo la moda francesa, popularizada por los figurines que la prensa se encargaba de difundir. No tenían las mujeres, ciertamente, un maniquí que les modelara y a quien imitar: las actrices teatrales extranjeras o las cantantes italianas de ópera que arribaban a México no lograron crear una escuela en la moda femenina de esos tiempos; las locales como doña Virginia Fábregas, eran demasiado feúchas o demasiado "descocadas" como Rosario Soler, para que las damas buscaran asemejarseles.

Imperaba en los elevados círculos sociales y políticos del país un deseo de europeización; se procuraba, en lo posible, imitar la sociedad francesa, que se había convertido en una quimera. A medida que se logra el desenvolvimiento económico por la estabilidad y la inversión extranjera, aumentan las actividades sociales femeninas: juegan polo, van a patinar, a pasear en bicicleta; surgen las reuniones con fines benéficos, las *soirées*, los *five o'clock tea*, los conciertos; asisten al cine, que a despecho de algunos literatos modernistas, va siendo aceptado y se va popularizando.

Al mediar la primera década, en la vida social se hace frecuente una figura que normará y, en cierta forma, será la dictadura de la moda femenina: doña Carmen Romero Rubio de Díaz, que organiza reuniones y recepciones que en mucho recuerdan a las de Maximiliano y Carlota; a ellas asisten las mujeres ataviadas a la moda francesa, pero con el porte y el peinado de la presidenta; ella se convierte en el centro de esa sociedad tan parecida a una corte, y en donde se llega a implantar una rigurosa